

pre que se gasta en asuntos políticos, hasta el 6 de Noviembre en que se aprobó la acta de independencia que contiene estos puntos principales:

“El Congreso de Anáhuac declara: que queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan; para hacer la guerra y la paz; declara como reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores de obra, palabra ó por escrito, ya negándose á contribuir para los gastos de la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras. Dado en el Palacio de Chilpancingo, á los seis días del mes de Noviembre de 1813.” Siguen las firmas.

El pobre cura Morelos que fué el alma de todo este negocio, pues le urgía que se estableciera el principio de la independencia sin máscara ninguna; porque Rayon y todos los demas la proclamaban con el adefesio de Fernando VII, Morelos, decimos, perdió en la inactividad otros cuatro meses más con los asuntos políticos; pero con todo y eso siempre exclamaremos: ¡Loor eterno al Congreso de Chilpancingo!

CAPITULO XLVIII.

GENERALISIMO

Habian pasado tres meses desde la instalacion del congreso de Chilpancingo y uno de la solemne declaracion de la independencia hecha por aquella patriota asamblea, cuando el pueblecillo de Carácuaro engalanado como para una gran fiesta, presentaba un aspecto particular, el 12 de Diciembre de 1813. De allí habia salido el humilde cura D. José Maria Morelos saltando tapias y con mil dificultades, llevando por ejército á dos criados fieles y ahora se encontraba de regreso despues de tres años de extraordinarias expediciones y campañas, convertido, si no en el orgulloso generalísimo revestido de un poder absoluto, con el nombre modesto en la apariencia de siervo de la Nacion, al menos en el militar endurecido en las guerras, acostumbrado ya al mando y con el engrei-

miento muy natural en quien se habia visto muy ensalzado, aplaudido y casi adorado por miles de miles de hombres que le consideraban como un semidios y le tenian por sabio, discreto, valiente, esforzado, generoso, espléndido y grandioso en todos sus pensamientos y en todas sus determinaciones que eran mas fielmente acatadas que si se hubiera tenido la ciencia cierta de que procedian de un sér sobrenatural.

El cura Morelos que llegaba hoy á Carácuaro no era aquel cleriguillo rechoncho y moreno que habian conocido sus feligreses envuelto en el raído manteo ó montado en una mala mula, cubierta la cabeza con un paliacate y encima un sombrero burdo de lana negra, sino el primer general de los ejércitos independientes con las insignias de gran capitán que consistian en grandes entorchados, y banda de raso bordada con inmensas borlas de oro colgando por la parte izquierda de la cintura, de donde su espada con empuñadura de oro y brillantes.

¡Qué distinto cura el que habia salido de allí empujado casi por las persecuciones de las autoridades realistas y el que regresaba ahora lleno de nombre, lleno de gloria, lleno de mando y si no muy lleno tambien de orgullo, al menos algo envanecido con su posición, como es natural que se envanezca toda criatura humana cuando de una esfera humilde se levanta á una altísima y deslumbradora.

Aun los mismos Nicolás y Francisco, que habian pasado de ser los criados de confianza de Morelos, eran ahora otros hombres y en el pueblo se les

consideraba como una especie de pedacitos de santo desprendidos de aquella divinidad que llevaba el nombre de generalísimo.

—Cuéntame, cuéntame todo, lo decía Marcela á Francisco, la cual habia venido de su choza del camino, al curato, para abrazar á su marido del cual no habia vuelto á tener casi razon en los tres años trascurridos, cuéntame todo lo que han hecho, por donde han andado, cómo han logrado escaparse de tantos peligros en tantas batallas..... cuéntame, cuéntame todo, Francisco.

Y Francisco ayudado de Colás y usando de ese estilo enérgico adquirido en la vida del vivac, se puso á referir á Marcela y á todos los que les hicieron círculo, abrazando repetidas veces á su hijo Juanillo, que ya se habia estirado mucho, todas aquellas aventuras en que principalmente la de la salida del pueblo, la del sitio de Cuautla y la de la toma de Acapulco ocupaban el sitio preferente y eran vistos como los sucesos mas extraordinarios.

Después que hubieron contado en términos generales las principales campañas y peligros en que se habian encontrado, Marcela dijo á su marido:

—Y habrás ganado mucho dinero después de trabajos tantos, ¿quico mio?

Francisco y Colás se miraron sonriendo y el segundo fué el que contestó:

—Verdad es que pocas veces nos ha faltado el dinero, aunque muchas la comida, porque no siempre encontrábamos qué comer, ni aun llevando pesos du-

ros en la bolsa; pero no hemos podido guardar nada, porque lo que ganábamos en un triunfo lo perdíamos en una derrota y así nos hemos venido acostumbrando á no cobrarle cariño al dinero.

—Luego que se concluya la guerra, el generalísimo nos dará un buen premio en terrenos, en empleos y en todo lo que queramos; pero ahora sería inútil porque lo perderíamos todo.

Y como Marcela suspirara con desconsuelo ante estas palabras de Francisco, este se apresuró á meter la mano en el bolsillo y sacando un puñado de monedas de oro y plata, las puso en el rebozo de aquella diciéndola:

—Por ahora te voy á dejar todo esto que no lo necesito para nada, una vez que todo lo que vamos conquistando es nuestro y á la vuelta ya te llevaré á mis tierras y te quitarás de trabajar y tendrás todo lo necesario.

—¿Y á mí, tata? dijo Juanillo con timidez.

—A tí te traigo una rica escopeta que quité á un gachupin para que te enseñes á tirar, un caballito chico que espero no te quiten los realistas porque no puede serles útil para el ejército y tambien unas monedas pequeñitas de oro que harán unos veinte pesos y que guardarás para que te vistas bien y puedas presentarte con buena ropa al generalísimo que te dará el empleo de cuidar sus caballos ú otro cualquiera que puedas desempeñar luego que se acabe la guerra. Ya me lo prometió.

Juanito, que habia oído todo esto sin parpadear, abriendo la boca y saliéndole por ella algunas babas, no pudo menos que dar tres brinco, muchas palmaditas y correr á ver á los muchachitos del pueblo para contarles las grandezas que se le esperaban.

Así como fueron días de júbilo los tres que permaneció Morelos en Carácuaro entregado á las funciones de iglesia en que tomaba parte como propietario de la parroquia, en sostener largas conversaciones con su hermana Mónica en el curato, pues que la habia hecho venir con anticipacion de Valladolid; en recorrer los alrededores y en acordar los negocios tantos que se le ofrecian, con su secretario Rossains que no se le despegaba un momento, así fué triste la separacion de toda aquella gente que habia dado al pueblo una animacion inusitada. No estaban allí todas las tropas de Morelos, ni era posible que cupieran, en el pueblo, componiéndose de las divisiones mandadas por Matamoros, Bravo, Galeana, Rayon, Sesma y Navarrete, formando un total de 6 ó 7,000 hombres; pero sí estaban con él algunos cuerpos de los mas lucidos y su brillante escolta de cuarenta hombres, los que mandaba como una gran distincion el coronel Rafael Fuentes, que despues de correr mil riesgos y aventuras, que quizá tendrá tiempo de contarnos, se le habia logrado incorporar en Chilpancingo.

Tanto Doña Mónica despidiéndose del cura Morelos, y sin saber si volveria á tener el gusto de estrechar á su querido hermano en los brazos, como Marcela despidiéndose del antes palurdo y hoy muy avi-

tesco y hueco que usaba Rossains y con el cual puso muchas veces en ridículo á Morelos y á las corporaciones en donde se llegaron á utilizar sus servicios; pero en el fondo decia grandes verdades tales como la de que aquel que tanto habia atizado la discordia, fulminando excomuniones, publicando escritos incendiarios y valiéndose de su influencia para ahondar los odios entre los bandos contendientes, cuando su mision de pastor era de concordia y de paz, debia empeñarse en que no corriera mas sangre de unos y otros pensando en el ánimo de Landázuri para que no se empeñase insensatamente en sostener una plaza que estaba perdida, pues no podia ser prontamente auxiliada por las tropas enviadas por el virey.

—¡Malvado! exclamó el obispo, ¿cómo este cura revoltoso y judío ha podido tener la audacia de escribirme esta insolente carta?..... Su señoria ha contestado á la intimacion?

—No he contestado ni pienso contestar, repuso Landázuri.

—Muy bien pensado: yo tampoco contestaré esta carta.

—Así, pues, estoy esperando que trascurren las cuatro horas que me pusieron de término para que comience el ataque, con objeto de hacer lo que se pueda mientras llegan Llano é Iturbide.

—Cree usía que llegarán?

—Hoy mismo, Ilustrísimo señor: aquí tengo tambien sus avisos de que vienen pisando los talones á la retaguardia de Morelos y con la noticia tambien de

que derrotaron á Rayon en el camino y á otras varias partidas de insurgentes. Creo, y no solo lo creo sino que estoy seguro, segurísimo de ello, que no comenzará el combate sin que se avisten nuestros amigos al lado derecho del campo que en las lomas de Santa Maria está ocupando el ejército de Morelos.

—Entremos á cuentas, señor comandante: ¿cuántos somos nosotros, cuántos trae Morelos y cuántos vienen en nuestro auxilio?

—Segun los partes que me comunica Llano y segun los informes en que convienen los espías, este es el resumen: Morelos, contando las tropas que vienen en camino y que no le han llegado, podrá reunir hasta unos 3,000, ahora no tiene mas que 4,000 y pico con treinta piezas; sin embargo están ya con él sus mejores gefes que son Matamoros, Bravo y Galeana. Llano é Iturbide, sin contar algunas fuerzas de Guanajuato y Guadalajara que se les han de reunir, traen como unos dos mil hombres; nosotros por nuestra parte, contamos con mil trescientos hombres, incluyendo en ellos la guardia del comercio y el batallon de su Ilustrísima que no sé cuántas plazas pueda completar.

—Mi batallon llegará á unos trescientos cuarenta hombres, contestó Abad y Queipo con énfasis.

—Pues yo tengo la seguridad de que con estas tropas nos defenderemos no solo por unas cuantas horas mientras llegan nuestros amigos, sino que en un caso extraordinario podremos sostenernos aquí hasta por tres meses.

Viendo Abad y Queipo la seguridad con que ha-

blaba Landázuri, que era un gefe sereno y valiente, volvió á montar en su caballo, desenvainó la espada y comenzó á reunir gente en las calles y á predicarles contra los insurgentes, excitando á todos á defenderse contra aquella canalla que sin fé en nada y con desprecio de la religion venia robando, quemando y matando como si en lugar de hombres vinieran con Morelos hordas de salvajes.

El generalísimo insurgente estaba ya en efecto situado con su ejército en las lomas de Santa Maria y como esperaba que no se contestara á su intimacion ó que se le dirigiera un grosero insulto segun la costumbre, pues casi nunca se dió el caso de que la primera exhortacion á un arreglo cualquiera tuviera resultados, sin dejar de esperar que trascurrieran las cuatro horas y sin disparar un solo tiro, considerándose aquel término como una tregua para celebrar el armisticio, no dejó de practicar sus respectivos movimientos, dando á Galeana que en los casos apurados era su brazo derecho, á mandar las principales columnas que destinaba para el ataque dictando y las demas disposiciones que consideró del caso.

Lo que oimos que refirió Landázuri al obispo era cierto en todas sus partes. Calleja que era militar entendido y diligente, aprovechó la inercia de diez meses que habia empleado Morelos en la toma de Acaapulco y organizacion del congreso, para rodearlo de fuerzas por todos lados con que paralizar sus movimientos á la hora dada, y así fué que casi adivinó sus proyectos de dar un ataque á Valladolid, destinando

para que los frustraran á Llano é Iturbide y á otros de sus gefes mas inteligentes y distinguidos.

D. Ramon Rayon y su hermano D. Rafael habian escrito á Morelos diciéndole que ellos con un refuerzo cualquiera podian entorpecer la marcha del ejército de Llano, mientras se tomaba á Valladolid; pero el gran caudillo rodeado de muchos aduladores, que son la plaga mas funesta del mundo, desoyó aquella indicacion aunque la estimó conveniente, dándoles órdenes sin embargo para que continuaran su camino, lo cual ocasionó que fueran derrotados por Iturbide, fusilándoles diez y seis hombres.

Así las cosas, se alistaron ambos ejércitos para librar un gran combate que parecia ser decisivo, en el cual iban á combatir fuerzas casi iguales y lo mas florido de los dos bandos. Ya veremos dentro de poco cuáles fueron los resultados de ese combate en que el gran Morelos estrenó el título de generalísimo.